

Representaciones Trinitarias, puesto el acento en el Espíritu Santo

Padre Pedro José Ynaraja

En más de una ocasión me he referido a este tema y con seguridad repito nociones ya que de no ser así, denotaría no ser coherente conmigo mismo. Quiero esta vez que las imágenes tengan protagonismo y que nadie espere que sea el presente reportaje una tesis, ni siquiera un ensayo. Se trata de aportar ideas, acudiendo principalmente a pinturas o relieves que cada uno contemple como quiera.

Recuerdo ahora lo que leí hace años y que resulta muy expresivo en el campo de la estética cristiana. Dicen que cuando a un artista de por aquí se le encarga una representación religiosa, acude al teólogo para que le explique el misterio que él desea plasmar. Muy propio de occidente. En cambio el teólogo oriental que pretende estudiar y poner por escrito o predicar una verdad cristiana, visita al iconógrafo, para que le explique el contenido de su icono y así poder sacar verdades y conclusiones.

El dogma trinitario no responde a la mentalidad humana, que tiende siempre a la "simetría especular". Masculino-Femenino. Varón-Mujer. Derecha-Izquierda. Blanco-negro. Positivo- negativo. Yin-yang etc. Padre-Hijo-Espíritu, desordena su esquema interno. Más aún si se tiene en cuenta que la Revelación le llega en una cultura que le costó mucho desprenderse de concepciones trascendentes, con dioses masculinos y diosas femeninos. Al par que Israel, Salomón en concreto, edificaba un templo en Jerusalén, dedicado al Dios único, de Abraham, Isaac y Jacob... en el mismo Arad, no tan lejano, situado en el corazón del Neguev, los israelitas con sinceridad adoraban a "Yahvé y su Aserá". Pongo este ejemplo porque es el único que conozco bien, por haber visitado detenidamente el lugar, pero hay otros.

MASCULINA O FEMENINA...

La existencia humana es masculina o femenina. En la mayoría de las culturas, el poder, el mando, lo poseen los varones. El adulto, el anciano, es un depósito de conocimientos y poderes, en algunos pueblos amazónicos se dice que encierra en sí una biblioteca. Tales concepciones y sus correspondientes representaciones, influyen en la estética cristiana. Es comprensible, la comunicación humana para ser completa, debe gozar de cierta sensorialidad. Por mucho que se pueda admirar la posibilidad de la telepatía, nunca los enamorados desearían servirse de ella para cultivar su amor. (Muy juntitos ambos, solos y en silencio, con besos y caricias, comprobarán la sinceridad de sus quereres y temperamentos). Y no se fiarían, o no les serían suficientes, las deducciones o intuiciones filosóficas.

LA IMAGEN

La imagen responde a esto. Suprimirla es querer deshumanizar un poco su Fe, que necesita, que se debe valer del símbolo. Las prohibiciones del Antiguo Testamento y de ciertas confesiones cristianas, pretenden alejar el peligro de la idolatría. La visión mística, el éxtasis, debería prescindir de estos principios, pero, incomprensiblemente, comprobamos que no es así. Respondiendo al título,

debería añadir ahora un sinfín de ilustraciones. Me limito a unas pocas. A algunas que tengo a mano y escojo que sean variadas.

EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

El primer lugar lo ocupa la imagen de la Trinidad del Antiguo Testamento. Seguramente es el icono más extendido y el "escrito" por Andrés Rublev el más conocido. El episodio que nos cuenta el Génesis, protagonizado por Abraham que soñoliento descansa sufriendo el calor del desierto, próximo a Hebrón, concretamente en el encinar de Mambré, y ve venir a tres varones a los que se dirige en singular o en plural, a los que invita, a los que acoge, de los, o del, que recibe la más deseada de las promesas, a los que sienta a su mesa... (El exégeta interpreta la incoherencia de utilizar uno u otro numeral de acuerdo a unos criterios de elaboración y conservación del texto, la tradición religiosa oriental ve en ello el anticipo de una revelación). Este acontecimiento narrado en el capítulo 10, está plasmado en bello mosaico de tonos verde-azulados en uno de los muros de San Vitale en Rávena. Es obra descriptiva, catequética...

En Niza en el museo del mensaje bíblico de Marc Chagall, la plasmación que del acontecimiento hace el singular artista, el rojo vivo desgarrador del fondo, desequilibrado, su gran superficie y las miradas de las cuatro figuras, Abraham y los tres simples ángeles, suscitan el interés del que lo contempla, por lo que está pasando, sin llevarle a meditaciones trascendentes.

Vuelvo y acabo con el icono. Es preciso contemplarlo y, si es posible, escuchando o leyendo textos sublimes de autores místicos que lo comentan, como ocurre con todos los iconos. Me limito a señalar que las figuras que aparecen, pese a lo que uno pudiera imaginar, corresponden, la central a Cristo, Dios-Hijo. La de la izquierda Dios-Padre. La de la derecha Dios-espíritu Santo.

FRANCIA, MIRAFLORES

En el sur de Francia, en la falda del Pirineo, a pocos kilómetros de donde nació Tomás Merton, hay una ermita donde se guarda un retablo de la Trinidad, que da nombre al recinto, pese a que la imagen más valiosa sea un Cristo crucificado del siglo XII. Lo que ahora nos importa es la figura que en relieve significa el Espíritu Santo. Se trata de un joven que uno no sabe si es él o ella, pero de lo que no hay duda es de su juventud.

En la cartuja de Miraflores de Burgos, en el altar central, se levanta un enorme retablo dedicado a la Santísima Trinidad. Es tan grande y tan profuso, que uno no capta, si no tiene mucho interés en descubrirlo, las figuras fundamentales, tantas como hay (véase la foto). El Cristo crucificado es muy visible. Dios-Padre también, pero no tanto. A la derecha, tal vez semeja figura anónima: el Espíritu Santo, sin duda de rostro masculino.

La tradición etiópica, o abisinia, pinta el misterio mediante tres figuras ancianas iguales. Expresa con ello su idéntica divinidad, pero, se olvida de señalar la distinción que hay entre cada una de las tres Personas, que existe realmente, incomprensiblemente, según la teología católica. Una tal herejía no se puede permitir, de aquí que fuera prohibida esta y otras realizaciones.

Para velar por la ortodoxia y evitar libertinajes estéticos, el papa Benedicto XIV prohibió toda representación en forma humana del Espíritu Santo en el año 1745. No creo que ningún otro decreto haya cambiado la norma. También estoy convencido de que no existe un cuerpo de inspectores o censores, que velen por su cumplimiento, prueba de ello es que continúa difundándose la imagen que señalaba al principio y que a tantos entusiasma.

LA PALOMA

La representación, la más conocida seguramente por nuestros pagos, es la de la paloma. Acertada sin duda, ya que se refiere a la teofanía del bautismo del Señor. No seré yo quien la repruebe, pero debo confesar que no es de mi gusto. La paloma hoy en día y por nuestras ciudades, ensucia bellos relieves de las catedrales y otros insignes monumentos. Deben, los que velan por su integridad y conservación, proteger las imágenes con agujas que no las permitan posarse o telas metálicas que impidan que se acerquen. De aquí que prefiera el símbolo del fuego (Pentecostés) del agua (bautismo) o del viento (Nicodemo).

EL ACEITE

Advierto que en la práctica litúrgica, el fundamental símbolo sacramental del Espíritu Santo es el aceite. Desde el bautismo hasta la unción de los enfermos, pasando por la confirmación y el sacramento del orden, no deja de estar presente en esos momentos y explícitamente invocado.

Ya que el óleo santo, de los catecúmenos, de los enfermos o el crisma, es consagrado, lo conservo reverentemente en digna arqueta, próxima a la mesa eucarística. No tan cercana como el Sagrario, eso sí. Ahora bien en oraciones comunitarias, las antiguamente llamadas paraliturgias, utilizamos aceite de oliva, bendecido y perfumado. Niños que por su edad y estar bautizados nadie puede dudar de su dignidad, con él ungen a los asistentes, que la suavidad de la piel que lo recibe y en el ambiente se respira, lo que quisiéramos fuera el "bonus odor Christi", la presencia simbólica de su espíritu, de la Fe que queremos vivir y aumentar, con la fuerza del Espíritu al que invocamos.

ALEMANIA

No quiero olvidar, aunque nunca la haya visitado, la pintura mural de la iglesia alemana de Sankt Jakobus de Urschalling. La figura central femenina, sin duda, representa el Espíritu Santo. Tiene gracia y juventud, una bella expresión de la realidad del Paráclito, que se nos da y nos santifica para empaparnos de simpatía y juventud.

Acabo aquí las referencias. Algunas imágenes espero añadirá el director, a su discreción lo dejo. Que cada uno saque consecuencias.